

cología experimental, la psicología experimental de anchos vuelos de hoy, en el que se investigue tan febrilmente como en el de la psicología del color. El test del anillo de *Lindberg*, el de la pirámide de color, ideado por *Pfister*, y el de la elección de colores de *Lüscher* son buena prueba de ello.

Acerca de los dos últimos se han publicado muy recientemente dos libros del máximo interés. Según *Heiss* y *Hiltmann*, que en Friburgo han ensayado en más de 2.000 casos el test de la «pirámide de colores», el azul es el color de la regulación y el gobierno de la afectividad: el verde va ligado a un buen contacto afectivo, a una sensibilidad adecuada y, en un amplio sentido, al equilibrio afectivo; para el rojo confirman su estrecha relación con la esfera impulsiva; el amarillo alude a una viva extraversión y en general a una acusada intensidad del impulso primario, mientras que el anaranjado forma un segundo frente como color de extraversión y el violeta, cuando su presencia es muy acusada, indica un trastorno en el interior de la vida afectiva. Basten estos ejemplos, en gracia a la brevedad. Son, por lo demás, suficientes para poner de relieve la coincidencia con las intuiciones de filósofos y artistas y para dar solidez a éstos. Porque algo muy semejante había dicho *Goethe* en su «*Farbenlehre*» y *Kandisky* en sus reflexiones sobre lo espiritual en el arte, principalmente en la pintura.

Las relaciones del color con el alma se evidencian también en el valor simbólico que a los colores se les ha concedido a través de la historia de las culturas, sólo explicable por su estrecha conexión con la afectividad. En los pueblos antiguos los cuatro elementos cósmicos tienen su representación simbólica en cuatro colores: el aire, la luz, en el rojo; el fuego, en el amarillo; la tierra, en el negro; el agua, en el blanco.

La Iglesia Católica, tan sabia en simbolismo, tiene muy en cuenta los colores en los suyos. Sus colores litúrgicos son el

